

La baja de la natalidad: ¿un problema?, ¿qué tipo de problema?

The Decline in Birth Rates: A Problem? What Kind of Problem?

Amadeo Tonello¹

Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino
amadeo.tonello@unsta.edu.ar
ORCID: 0009-0006-5466-2466

Resumen: El presente trabajo busca analizar el tema de la baja de la natalidad en el mundo y en la Argentina, y procura no detenerse en problemáticas sociológicas puntuales, sino apuntar a ciertas causas más profundas. Propone un ejercicio de la reflexión frente a este fenómeno, descubriendo algunas razones sociológicas y orientando la mirada hacia cuestiones antropológicas de fondo: si la fecundidad humana es una opción indiferente, la relación de la esterilidad con un enfoque egoísta de la vida, las tecnoesclavitudes, la pérdida del sentido de la trascendencia, los cuestionamientos a la legitimidad de lo humano, los aspectos geopolíticos y la motivación religiosa. Cada una de estas cuestiones es meramente esbozada, con el fin de generar reflexión y debate sobre el tema. De dicha reflexión puede surgir la posibilidad de encontrar, no solo la rever-

Abstract: The present work seeks to analyze the issue of declining birth rates in the world and in Argentina, aiming not to dwell on specific sociological problems but rather to explore their underlying causes. It proposes an exercise in reflection on this phenomenon, uncovering certain sociological reasons and directing attention toward deeper anthropological questions: whether human fertility is a matter of indifference, the relationship between sterility and a self-centered approach to life, technological enslavements, the loss of a sense of transcendence, challenges to the legitimacy of the human, geopolitical aspects, and religious motivation. Each of these issues is merely sketched out, with the aim of generating reflection and debate on the topic. From such reflection may emerge the possibility of finding not

¹ Amadeo José Tonello, sacerdote de la Arquidiócesis de Tucumán. Doctor en Filosofía por la Pontificia Universidad de la Santa Cruz. Doctor en Estudios Patrísticos por la Universidad Católica de Cuyo. Profesor de Filosofía en el Seminario Mayor Arquidiocesano de Tucumán y en la Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino.

sión de este fenómeno, sino los medios de llevar una vida cualitativamente más digna y humana.

only a reversal of this phenomenon, but also the means of leading a qualitatively more dignified and human life.

Palabras clave: natalidad, sociología, fecundidad, tecnoesclavitudes, trascendencia.

Keywords: birth rate, sociology, fertility, technological enslavements, transcendence.

Introducción

Últimamente encontramos una multiplicidad de notas periodísticas y reflexiones sobre la caída de la natalidad (Universidad Austral, 2025), un fenómeno que se da a nivel mundial y que también tiene repercusiones en nuestro país y en nuestra provincia. En el caso de Argentina, la situación se presenta más grave, porque el nuestro es un país despoblado (Geodatos, 2026), y la baja de los nacimientos puede repercutir en sinnfín de situaciones de la vida social, política y económica. Tucumán no es ajeno a esta realidad, a pesar de ser una provincia autodefinida como “pro-vida”² y con manifestaciones, incluso públicas, en favor de la familia numerosa.

Hay preocupación por el equilibrio de los sistemas previsionales, por la gestión del sistema educativo, que deberá cerrar aulas, por la provisión de profesiones sensibles para la vida social. Sin embargo, mi apreciación personal es que los análisis que se vienen haciendo sobre el tema muchas veces son superficiales y descuidan los aspectos más esenciales. Sin ánimo de dar a mis palabras una autoridad que no tienen, ofrezco las siguientes reflexiones para ayudar a encarar más adecuadamente el problema, tanto desde la perspectiva sociocultural como desde la religiosa.

Algunas razones sociológicas

Ante todo, es preciso expresar someramente algunas de las causas de este fenómeno. En primer lugar, desde la segunda mitad del siglo XX asistimos a un cambio notorio (e inédito en la historia de la humanidad)

² Por declaración de la Legislatura provincial, en agosto de 2018.

sobre el valor y el sentido de la sexualidad. Anteriormente, la sexualidad estaba ligada a marcos éticos más o menos estrictos, que la colocaban en el ámbito del matrimonio, la ordenaban a la fidelidad, a la indisolubilidad y a la fecundidad. En cambio, en la actualidad, la sexualidad se considera una función propia de la vida individual, que cada uno gestiona libre y privadamente, sin que sea lícito a nadie meterse en ella; el único límite que se le puede poner es el de no interferir en las decisiones o la integridad de los otros. Ciertamente es que muchas veces flotó sobre las enseñanzas tradicionales un cierto aire de puritanismo o maniqueísmo, doctrinas erróneas que veían a la sexualidad como algo malo; pero también es verdad que la abolición, en la práctica, de las reglas éticas que protegían el ejercicio de la sexualidad ha producido grandes daños a muchas personas y a la humanidad en muchos sentidos.

Entre esos daños, se encuentra la separación radical de las diferentes dimensiones de la sexualidad, entre las cuales una fundamental (si bien no la única) es la fecundidad. En otras palabras, hoy se concibe la sexualidad como placer sin amor, placer y amor pero sin compromiso personal, o amor sin fecundidad. Y sobre todo, la sexualidad ha dejado de ser una fuerza de comunión interpersonal y de renovación de la sociedad a través de las generaciones, para convertirse en una mera cuestión privada, cuyas repercusiones sociales están marcadas por el individualismo de base.

A esto se sumó la fuerte promoción de la mentalidad anticonceptiva y abortiva, que se presentó bajo muchas falsas justificaciones: promoción de la mujer, peligro de la superpoblación, liberación de mandatos culturales, etc. No es casualidad (pero nadie lo dice) que la abrupta baja de la natalidad se dé en Argentina y en Tucumán a partir del mismo año que se promulgó la ley del aborto. Con lógica falaz, se presentaba el aborto como una opción o una ayuda ante ciertas situaciones difíciles, desconociendo el hecho fundamental: el aborto es la eliminación de un ser humano inocente. Las estadísticas sobre el número de abortos realizados en dispositivos sanitarios públicos, con toda la facilidad que da el aparato del Estado y con financiamiento público (Canal 8 de Tucumán, 2023), explican también la disminución de la natalidad.

Una de las consecuencias de la resignificación de la sexualidad humana fue el cambio en la concepción de la familia. Peyorativamente

(cuando no con burla) se habla de “familia tradicional”, cuando sería más acertado hablar de la “familia natural”. Hoy en día las familias son fuertemente disfuncionales y no se encuentran capacitadas para cumplir sus roles naturales: comunicación de la vida, gestación de los vínculos primarios, educación en valores fundamentales. Pero resulta que (no sin cierta hipocresía) se les endosa ciertas responsabilidades, como la de la delincuencia juvenil: si hemos demolido esta institución fundamental y natural, ¿con qué derecho le pedimos que eduque a los jóvenes o los contenga? ¿La culpa es de la familia o de la sociedad y el Estado que la destruyeron?

La misma Iglesia no se encuentra exenta de responsabilidad, cuando en su afán por acercarse misericordiosamente al hombre pecador, alejado, herido, olvida que también es caridad y misericordia predicar con claridad la verdad. Así, llamó la atención (favorablemente) que hace poco el Papa León XIV dijera que el matrimonio entre varón y mujer es el “modelo” de unión que ha de estar a la base de la familia, y no meramente un “ideal” (expresión que da la sensación de ser algo inalcanzable e irreal) (León XIV, 2025). Las palabras del Papa León contrastan con otras muchas expresiones o formas de la pastoral en las que, en la práctica, no parece demasiado importante decir cómo se debe vivir la propia sexualidad para que sea coherente con la dignidad humana y la fe cristiana: se habla de acoger e integrar, pero no de iluminar u orientar.

Otra causa que explica la baja de la natalidad es la resignificación del rol de la mujer en la vida social. La mujer tiene altas capacidades que afortunadamente se han puesto en juego en los últimos tiempos: su aporte a la vida social, civil, política, económica y cultural tiene un inmenso valor. No obstante, ello ha llevado a una sobrecarga de la mujer, que debe asegurar la consistencia del hogar como espacio humano fundamental para la familia y a la vez, por opción u obligada por apremios económicos, se dedica con gran gasto de tiempo y energías a tareas extra-hogareñas. La tendencia sociocultural e ideológica inclina la balanza, en este conflicto, a la “liberación” de la mujer de los “mandatos” que la ligaban a la maternidad, el hogar y la familia, y a su dedicación cada vez más plena a las otras tareas. No quiero decir, que se entienda bien, que la mujer no debe trabajar o actuar fuera de

su casa. Pero, ¿quién se hace cargo de la casa? En este tema, hay un presupuesto-prejuicio implícito, que el hogar y el cuidado de la casa y la familia son tareas inferiores, humillantes, de sometimiento. Pero, ¿es esto así? ¿O son dimensiones de nuestra humanidad para las que la mujer está especialmente capacitada, aunque, ciertamente, el varón no debe desentenderse de ellas?

Otra causa que ayuda a la baja de la natalidad –que se relaciona con la anterior– es el aumento del costo de la vida y los apremios económicos, que obligan a las personas, y también especialmente a la mujer, a cargarse más de trabajo, y por ende, a estar menos disponibles para la paternidad/maternidad. Criar un hijo es caro, cada vez más caro. Y en una sociedad materialista, el factor económico termina siendo determinante para muchas decisiones. Pero, no nos engañemos, no se trata sólo del factor económico: en otros tiempos las familias pobres eran también numerosas y no se planteaba reducir la natalidad por factores monetarios. Lo cual lleva a pensar que la razón de fondo está más bien en lo ideológico, en lo cultural, o para decirlo de una vez, en lo específico del ser humano: la decisión libre, en este caso, una opción moral equivocada, que desconoce el valor humano de la paternidad/maternidad y pone por encima otros objetivos centrados en una pseudo realización individual: el viaje, el dinero, la carrera, el goce personal. La proliferación de las mascotas (y el jugoso mercado que se genera en torno a ellas) es un síntoma de la misma enfermedad: un perro o un gato son seres inferiores, en los cuales puedo encontrar compañía o afecto, pero siempre mi responsabilidad es limitada ante ellos, no son interlocutores a mi altura: siempre puedo poner mi yo por encima de ellos (lo cual, ante un ser humano, no se podría legítimamente hacer), puedo deshacerme de ellos si me molestan, puedo incluso eliminarlos si están enfermos y ya no se pueden curar o si me generan problemas que no tengo ganas de afrontar.

Reflexiones de fondo

Dicho esto, podemos comenzar a analizar una serie de aristas del problema, que no se ven abordadas habitualmente en las opiniones que se vienen expresando sobre el tema.

La baja de la natalidad: ¿un problema?, ¿qué tipo de problema?

Fecundidad, ¿opción indiferente?

Una primera cuestión es si la fecundidad humana es una opción indiferente entre otras muchas o responde, por el contrario, a la necesidad de la solidaridad entre las generaciones y las personas. Ciertamente, tener un hijo es una opción libre: nadie puede ser obligado a eso. Pero, por otro lado, no es “libre” en el sentido de no ser algo necesario para la buena marcha de la sociedad. En ese sentido, uno es libre de observar o no las normas viales, es libre de interactuar o no con los semejantes buscando el bien común, es libre de pagar o no los impuestos... pero si no hace todas estas cosas, causa un daño al conjunto de la sociedad. Análogamente, la fecundidad es un “mandato”, no en el sentido peyorativo que dan a esta palabra las ideologías de nuestro tiempo, sino porque forma parte de la responsabilidad de cada uno por el conjunto del género humano. Ciertamente es que no se trata de un mandato universal: en todo tiempo, ciertas personas renunciaron a tener una familia propia y a los hijos biológicos, por razones religiosas o de servicio a la humanidad en diversos ámbitos de la sociedad. Pero el punto importante es que con ello no renunciaron a la paternidad/maternidad, que es irrenunciable, sino que la ejercitaron de otra manera. Dicho en pocas palabras: por ser humano, debo ser padre/madre: la sociedad y el género humano me necesitan; necesitan que yo aporte a su construcción y desarrollo; y necesitan que me comprometa en el recambio generacional a través de la procreación y educación de los hijos, salvo si he recibido otro llamado u otra misión que me lleve a renunciar al matrimonio. Quienes postergan o rechazan egoístamente la fecundidad se parecen a esas personas (a veces pasa con los adolescentes) que viven de su casa sin aportar nada a su casa, que solo reclaman derechos y no brindan su contribución al bien común. La responsabilidad intergeneracional (fui cuidado cuando era niño, aporté mis hijos al recambio de las generaciones, seré cuidado por otros cuando sea anciano) es un componente esencial de la vida social. La negación egoísta de la fecundidad tiene algo de antihumano (Brague, 2014, pp. 59-61).

Egoísmo y esterilidad

Esto nos lleva a algo más profundo: el ser humano, ser de libertad, es a la vez un ser de potencialidades llamadas a dar fruto, a alcanzar una plenitud. ¿Cómo dan fruto? ¿Simplemente en la consecución de objetivos externos al hombre: dinero, títulos, experiencias placenteras? El Papa Juan Pablo II solía repetir una frase clave del Concilio Vaticano II, que nos da el sentido de la condición humana: “el hombre, única creatura que ha sido amada por sí misma, no puede encontrar su plena realización sino en la entrega sincera de sí mismo a los demás” (Concilio Vaticano II, 1965, n. 22). El egoísmo es estéril; el amor es fecundo. Y ello no solo se da (evidentemente) en la dimensión biológica, sino también en la esfera existencial. Una vida que se centra en un proyecto egoísta no llega nunca a llenar el alma, siempre procura colmar un deseo profundo y espiritual con cosas y experiencias de poca densidad humana y existencial. La antigua consigna que invitaba a cada ser humano a “tener un hijo, plantar un árbol, escribir un libro” entendía el sentido profundo de la vida humana. Las tres acciones implican, cada una a su manera, una trascendencia y una fecundidad, una capacidad de dar fruto, en relación con los hombres, con la naturaleza y con los valores trascendentes. La referencia evangélica significativa en este caso es la parábola de los talentos: aquel servidor que guardó el único talento y lo retornó intacto al regreso del Señor es condenado. No ha perdido el talento, pero al no hacerlo producir, de hecho lo pierde (Mt 25:14-30). El miedo a la generosidad y al sacrificio termina en una vida fracasada, en la pérdida total de la existencia: “el que quiera salvar su vida la perderá, el que la pierda, la encontrará” (Mt 16:25). Pues la libertad no es infinita: además de sus límites naturales, la corta el tiempo, que se acaba.

El tema del tiempo es particularmente significativo en relación con la fecundidad humana, porque, como es sabido, esta requiere unas energías físicas y psicológicas que no se encuentran igualmente disponibles en cualquier etapa de la vida. Resulta penoso que, particularmente en el caso de la mujer, se busque el hijo a una edad tardía, fuera del matrimonio, como una “cosa” más que venga a llenar los vacíos que han dejado todas las experiencias anteriores. Un

hijo que muchas veces se encarga como un “producto a la carta”, incluso sin la presencia y el compromiso del padre (se recurre a un banco de espermia y a la fecundación artificial); y así el hijo viene a ser como un “último recurso” para colmar el vacío del alma; pero es buscado de manera equivocada, como si fuera una cosa más entre las cosas, y no como el fruto del amor comprometido de un padre y de una madre en la comunión de amor matrimonial. La esterilidad del egoísmo lleva a la angustia de la existencia, y en no pocos casos, a la depresión y al suicidio; no es extraño que estos males sean también muy frecuentes en la sociedad antinatalista de la realización egoísta y puramente individual.

Las tecnoesclavitudes

Lo opuesto a la libertad es la esclavitud. La Edad Moderna es una larga historia de búsqueda y reivindicación de la libertad en todos sus aspectos: política, económica, social, religiosa. El problema radica en el modo en que se concibe la libertad: si se la entiende como mera “desvinculación” de normas, reglas y estructuras, resulta que pronto sumerge a la persona en una red de nuevas (y hasta ese momento desconocidas) esclavitudes. El individuo no se ata a una pareja estable, no se responsabiliza de un hijo, no se hace cargo de nadie más que de sí mismo: y en su búsqueda de emociones y sensaciones, encuentra en la tecnología un poderoso recurso para poder experimentar todo el tiempo, en un flujo fugaz e interminable, lo agradable y placentero. Pero la tecnología, con la fascinación de logros cada vez más novedosos, con la aceleración de las vivencias, termina por debilitar la voluntad, que se somete permanentemente al nuevo estímulo que reemplaza al anterior: son las “tecnoesclavitudes”. Ya no se ve una película para descansar, pensar o aprender, se pasa la vida frente a una pantalla. Ya no se interactúa con personas, se mira la vida de los otros en un flujo inacabable de información, muchas veces inútil. Ya no se busca un amigo o una persona con la cual entablar una relación seria de pareja, sino un “match” momentáneo o un placer sexual que pasa y pronto requiere otro, otro, otro... En la pandemia, con los largos encierros, para muchos daba la impresión de que solo dos cosas eran

necesarias: alimentos y conexión a internet. Un tecnoesclavo no es capaz de ser padre o madre porque tampoco es capaz de escapar a la permanente seducción de lo pasajero; un tecnoesclavo es la antítesis de la persona fecunda. El tecnoesclavo, si no es un adicto, está muy cerca de serlo...

El sentido de la trascendencia

El hombre tiene naturalmente sed de eternidad. Por su dimensión física, se sabe irremediabilmente destinado a la muerte, a la destrucción; pero por su dimensión espiritual, quiere trascender. Desde siempre la manera natural de trascender fueron los hijos: en ellos se continúa de alguna manera nuestra vida, aun cuando ellos son personas independientes, con una historia propia e irrepetible. También, muchas veces, el ser humano trasciende a través de sus obras, sean estas científicas, políticas, literarias, artísticas. Hoy, en cambio, muchos parecen haber perdido todo deseo de trascendencia; su vida se agota en lo pasajero, en lo efímero; en la sensación del momento. Si a uno no le gusta el esfuerzo, prefiere no trascender con tal de no tener que sacrificarse. Su vida queda ligada a la inmediatez y a la frivolidad, al vacío y a la intrascendencia. Ni siquiera podrá trascender en sus hijos. Los materialismos antiguos y modernos coincidían en no aceptar la existencia de ninguna vida más allá de la muerte, pero al menos conservaban un cierto sentido de la solidaridad con el resto del género humano, incluso a lo largo del tiempo. Por eso, ideologías fuertemente materialistas, como el marxismo, invitaban a luchar en pro de la “sociedad sin clases” u otras utopías parecidas, a trabajar por el futuro, y así sostenían al menos un remedo de esperanza. Hoy no hay ninguna esperanza más allá de lo inmediato, y por eso se escuchan argumentos como: “¿para qué traer hijos al mundo, para que sufran, en este mundo tan difícil?”; ¡como si antes no hubiera habido dificultades y luchas en el mundo! No solo hemos perdido la esperanza sobrenatural del cielo, de la vida eterna, sino también la pequeña esperanza que nos invita a trabajar y esforzarnos por un mundo mejor.

La legitimidad de lo humano

Frente a este panorama, en algunas reflexiones filosóficas de la actualidad, se plantea la “legitimidad de lo humano”. Según estas ideas, el problema es el hombre: él es el que genera las guerras, el que contamina el ambiente, el que daña la Tierra. Su existencia no solo parece absurda, como decían las filosofías existencialistas de la última parte del siglo XX, sino también nociva (Brague, 2014). Así, propagar la especie humana, multiplicar los seres humanos en el mundo, parece una irresponsabilidad, o al menos, algo innecesario. Las ideologías del posthumanismo y transhumanismo invitan a liquidar la supremacía de lo humano (León XIV, 2026, 115-116). Además, propagar la especie humana parece producir seres destinados al sufrimiento: cosa que aparece bien clara en las políticas antinatalistas dirigidas a las clases o países pobres: ¡no tengan más hijos, eso es multiplicar la pobreza y los problemas! La vieja afirmación del Génesis: “hizo Dios al hombre, y vio que era muy bueno” (Gn 1, 27-31) ha quedado muy lejos. No obstante, a pesar de todas las maldades de las que el hombre es capaz, hay que recuperar la convicción de que la existencia humana, cada vida humana, es un bien: y el hombre, ser necesitado y contradictorio y capaz de hacer muchos males, también es un ser dotado para aportar al mundo bienes insospechados, si se le da la oportunidad de vivir. Hay que convencerse de que vale la pena el riesgo de que más seres humanos provoquen ciertos males, y no privarnos del bien único que cada vida humana personal representa.

Aspectos geopolíticos

La baja de la natalidad también puede analizarse desde la geopolítica. Hay países muy despoblados, como la Argentina, que se condenan a sí mismos a una pérdida de identidad y de cultura con la escasez de los nacimientos. Si las tendencias actuales no se corrigen, previsiblemente sucederá que seremos “colonizados” por otros países, que ven grandes oportunidades en las riquezas naturales de nuestro territorio casi vacío y enviarán su gente “sobrante” (no necesariamente los mejores) a habitar nuestro suelo. La política local, siempre ocupada

en cuestiones coyunturales, no tiene una respuesta a este problema. En Europa, el aspecto geopolítico de la baja de la natalidad asume otros rasgos. La inmigración viene a suplir la ausencia del recambio generacional, y si bien los movimientos migratorios son una constante en la historia de la humanidad y muchas veces tuvieron efectos muy positivos, también se da, como en el caso europeo, una pérdida o una transformación de la identidad de Occidente que se puede calificar como netamente negativa. Puesto que las culturas no son neutras, cada una de ellas puede ser juzgada desde el punto de vista de la ética, y puede realizar en mayor o menor grado la humanidad del mismo hombre. Europa es cada vez más un mero nombre, o un conjunto de relaciones políticas y comerciales, y cada vez menos una cultura y una historia forjadas (innegablemente) por el cristianismo. Pero lo curioso del caso es que este colapso de Europa no sobreviene por causa de una guerra, o de una invasión, sino por una especie de suicidio colectivo: el antinatalismo de las sociedades.

La motivación religiosa

Finalmente es preciso introducir la motivación netamente religiosa que da un sentido profundo a la comunicación de la vida. La vida humana es un don de Dios. El varón y la mujer, al procrear, se convierten en colaboradores de Dios para la aparición de una nueva vida humana en el mundo, que representa un valor único e irrepetible. Cada ser humano refleja de una manera singular la imagen y semejanza de Dios. Nuestro tiempo tiene una mentalidad individualista y egoísta (no en vano un filósofo contemporáneo decía: “el infierno son los otros”). Por el contrario, el plan de Dios invita al varón y a la mujer a abrirse a la vida, a reconocer como su capacidad más alta la de dar vida a un nuevo ser humano. Las comunidades rurales comprenden mejor, en muchas ocasiones, que cada hijo es una fuerza y una oportunidad de trascender. El mundo necesita muchas cabezas para pensar y muchas manos para trabajar. Un niño no es un problema: ¡es quizá la oportunidad que necesita el mundo! Y para el cristiano, un niño es un don de la Providencia, un hijo de Dios que el Padre llama a la existencia,

para alcanzar un destino feliz dando gloria al Padre, es un hijo, reflejo del Hijo, Jesucristo.

La Iglesia es también familia, en la que cada uno de los miembros ha sido pensado por Dios para una vocación y misión. La escasez de vocaciones sacerdotales y consagradas seguramente también tiene una causa en la baja natalidad: una mentalidad predominantemente egocéntrica no favorece la idea de una entrega total de la vida en la consagración a Dios. Así, en la promoción de la familia y de la vida, también se juega el futuro de las vocaciones.

Conclusión

Hay muchos otros aspectos que se podrían analizar. Estas ideas pretenden servir meramente como catalizador de ulteriores reflexiones e iniciativas. Lo importante es, como dije al inicio, no quedarse en una mirada superficial y meramente economicista. Dar respuestas adecuadas a este problema no solo es necesario para asegurar el futuro cuantitativo de la humanidad, sino también para que vivamos, cualitativamente, una vida más plenamente humana.

Referencias

- Brague. R. (2014). *Lo propio del hombre. Una legitimidad amenazada*. BAC.
- Canal 8 de Tucumán (2023). *Tucumán, con mayor tasa de abortos legales*. <https://www.youtube.com/watch?v=hWZMOgdzi2E&t=6s>
- Concilio Vaticano II. (1965). *Constitución Pastoral "Gaudium et Spes" sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo*. https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19651207_gaudium-et-spes_sp.html
- Geodatos. (2026). *Población de Argentina*. <https://www.geodatos.net/poblacion/argentina>
- León XIV. (2025). *Homilía (1-6-25)*. <https://www.vatican.va/content/leo-xiv/es/homilies/2025/documents/20250601-omelia-giubileo-famiglie.html>

León XIV. (2026). *Carta Encíclica “Magnifica Humanitas”*.
<https://www.vatican.va/content/leo-xiv/es/encyclicals/documents/20260515-magnifica-humanitas.html>
Universidad Austral. (2025). *Observatorio del Desarrollo Humano y la Vulnerabilidad*. <https://www.austral.edu.ar/wp-content/uploads/2025/05/2025-Familia-Argentina.V8.pdf?x84631=&x84631=&sede=caba>



Publicado bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial 4.0 Internacional

La baja de la natalidad: ¿un problema?, ¿qué tipo de problema?